



---

**B O N A N Z A S**

---

*El presente artículo pretende contestar preguntas tales como ¿qué leían las mujeres en el pasado?, ¿cómo leían?, ¿qué buscaban en la lectura de libros?, mediante el examen de las imágenes y representaciones de las mujeres lectoras plasmadas en la literatura y en la autobiografía.*

*La relación de las mujeres con los libros ha sido poco documentada en las fuentes que ofrecen los archivos históricos, por ello, al optar por la búsqueda en otras fuentes, se ponen a debate las posibilidades de conocimiento histórico que podemos obtener desde la ficción y la memoria.*

*El objetivo es aproximar al lector de este artículo a una diversidad de lectoras, adscritas a su época y a sus comunidades de interpretación. Quedan expuestas las imágenes de Emma Bovary, como una mujer afectada fatalmente por las lecturas; la lectoras torpes y virtuosas dibujadas por Fernández de Lizardi; las lectoras furtivas y extremadamente hábiles para soñar y circular los libros que da a conocer Agustín Yáñez, y el relato testimonial de Carolina Escudero, que nos muestra a una lectora experta y visionaria. Asimismo se entreteje una reflexión sobre los vínculos y posibilidades de la ficción, la memoria y conocimiento histórico.*

*This article tries to answer fundamental questions about the intellectual life of XIX's women. The main objective is analyze the different psychological and cultural contexts of female roles in classical literature. Also as autobiography is analyzed.*

*The relationship between women and books has seldom been documented in sources at historical archives. Looking for other sources, they put to debate the possibilities of historical knowledge that we can get from fiction and memory.*

*The objective is to approximate the reader of this article to a variety of readers assigned to their time and common interpretation. The images of Emma Bovary, a woman fatally affected by readings are shown; the clumsy and virtuous readers drawn by Fernández de Lizardi; the secretive and extremely capable readers to dream and to circulate the books that present Agustín Yáñez, and the testimonial story of Carolina Escudero that shows us an expert and visionary reader. It also intertwines a reflection on the possibilities and links of fiction, memory and historical knowledge.*

\* Translation: Cynthia Dickens.

## Imágenes histórico-literarias de mujeres lectoras

*La literatura no expresa la historia o lo social en una transparencia ilusoria de los signos, sino que interroga, evalúa, inscribe su cortejo de interrogaciones angustiadas en contra de un discurso pleno, explicativo, que no deja nada al azar y orienta hacia el futuro.*

Régine Robin, 1993.

**E**n este ensayo recupero imágenes de lectoras, capturadas desde varias vetas de la ficción y de la memoria, tomadas de libros de diferentes épocas y géneros. Es una estrategia de búsqueda que obedece a la escasez de documentos que dan cuenta del momento de recepción de un texto por el lector común o que expliciten las formas de leer y donde, más raros aún, se recuperen imágenes de mujeres lectoras en el pasado y la significación que daban a la lectura de libros.

Se inicia por dos textos, uno muy antiguo de Juan Luis Vives y otro de Joaquín Fernández de Lizardi, ambos de carácter prescriptivo moral, dirigidos a las mujeres y que utilizan la narrativa y la ficción como recurso didáctico. Con ellos mostraré los formatos discursivos correspondientes a la defensa de ciertos estereotipos de mujer en el antiguo régimen y que en México tuvieron mucho éxito a lo largo del siglo XIX.

Siguen dos novelas, una francesa y una mexicana, la primera es un clásico de Flaubert, cuyo personaje principal es una mujer lectora: Emma Bovary; posteriormente, me refiero a las lectoras provincianas retratadas en *Al filo del agua*, de Agustín Yáñez, como parte de una trama más complicada y, por último, el testimonio de Carolina Escudero, lectora mexicana de principios de siglo que supo del placer de leer en libertad.

---

\* El Colegio de San Luis. Correo electrónico: olopez@colsan.edu.mx

La intención del ensayo no es someter estos materiales a la revisión desde la historia literaria, sino ofrecer una selección de imágenes de la ficción y la memoria acerca de las relaciones que tenían las mujeres con los libros y con la lectura. En el fondo subyace el interés en reflexionar sobre un aspecto fundamental que se sintetiza en una pregunta: ¿estas imágenes pueden convertirse en evidencias o pruebas de alguna validez para escribir una historia de las mujeres y de las prácticas de lectura?

Autores como Carlo Ginzburg<sup>1</sup> y Roger Chartier<sup>2</sup> —desde el campo de la Historia cultural— han reavivado la discusión sobre las formas de escritura de la historia, la relación entre narrativa, historia y literatura, el uso de la prueba como elemento básico para mantener el estatuto científico de la disciplina histórica.

En muy pocas fuentes primarias y textos didácticos se encuentran descripciones de la práctica de leer y sus efectos en la forma de pensar de hombres y mujeres, y de haberlos se caracterizan por enunciar de manera detallada los métodos de lectura y los fines morales de los textos, y muy poco por ofrecer descripciones de lo que realmente hacen los lectores con los libros, son materiales que en general carecen de la libertad con que se manejan las imágenes del acto de leer en la literatura.

En relatos, cuentos y novelas de diferente índole aparecen ocasionalmente retratos de lectores o lectoras y las valoraciones dadas a esas prácticas fuera de los ámbitos escolares o institucionales. Me refiero a los sentidos más íntimos de la lectura, a las valoraciones de los efectos de leer y a la reproducción de ciertas prácticas de lectura acotadas dentro de comunidades de interpretación que comparten códigos y reglas para los usos de la lectura.

Los historiadores de la lectura han reconocido que la literatura puede ayudar a encontrar y construir los contextos de evidencias aparentemente aisladas o no suficientemente documentadas; no obstante, para escribir la historia no se tiene que perder de vista “el principio de realidad” que, como dijera Ginzburg, no debe apartarse de nuestras operaciones históricas:

<sup>1</sup> Carlo Ginzburg, “Proofs and possibilities: in the Margins of Natalie Zemon Davis: ‘The return of Martin Guerre’”, *Yearbook of Comparative and General Literature*, 37, 1988, pp. 114-127.

<sup>2</sup> Roger Chartier, *El Mundo como representación. Historia Cultural: entre práctica y representación*, Barcelona, Gedisa, 1992, apdo. 3, “Historia o el relato verídico”, pp. 63-80.

[...] los factores en los que se basa el principio de realidad se derivan del entrecruzamiento de ideologías, controles filológicos y la proyección del presente a los problemas del pasado. Por lo tanto uno y otro se condicionan recíprocamente en cada momento del trabajo historiográfico: desde la identificación del objeto de la investigación, a la crítica de las pruebas, y hasta la presentación literaria.<sup>3</sup>

Lograr ese punto de cruce, ser historiador crucero,<sup>4</sup> es uno de los retos mejor planteados por la Historia cultural, ya no como la búsqueda de la “verdad” al estilo positivista cientificista, sino ese principio de realidad más complejo que se construye a partir de enfrentar el conflicto constante entre lo real y lo imaginario de nuestras propias representaciones; sin ese ejercicio conflictivo, dice Ginzburg, el homo sapiens se hubiese extinguido.

En la literatura encontramos cuadros verosímiles, pero no la verdad desde una perspectiva historiográfica; en este sentido, Ginzburg opina que los historiadores trabajamos con materiales verosímiles y que hay que distinguirlos de la realidad, pero que sirven para conjeturar más allá de lo que un solo individuo puede saber con certeza.

El historiador tiene que dejar de narrar un momento para ponerse a analizar la relación entre lo real y lo verosímil, pero: “Yo diría que en esos momentos la historia abandona la narrativa pero solamente para crear una narrativa mejor. La finalidad de la historia es presentar la realidad, tanto al conjeturar como al narrar: en ello estriba su unidad”.<sup>5</sup>

Cuando se toman fragmentos literarios como pruebas históricas se está frente a un material que contiene un conjunto de representaciones del pasado con intenciones diversas: enseñar, sorprender, recordar o, simplemente, conquistar la

<sup>3</sup> Carlo Ginzburg, “Pruebas y posibilidades: al margen de ‘El regreso de Martín Guerre’ de Natalié Zemon Davis”, mecanoscrito, trad. de Helena de la Peña, p. 13.

<sup>4</sup> Jean Francois Sirinelli afirma que el historiador es un hombre de crucero cuando mantiene el deseo de comprender la complejidad. El ideal es colocarse en el punto donde cruzan todos los laberintos de los pensamientos humanos y en el contexto de una época. La superespecialización o la concentración en la historia política, por tanto, constituyen un recorte arbitrario de la realidad; la realidad es múltiple y compleja, y por ello hay que hacer el esfuerzo de encontrar el punto de cruce. Véase “Elogio de lo complejo”, en Jean Pierre Rioux y Jean Pie-Francois Sirinelli (coords.), *Para una historia cultural*, México, Taurus, 1999, p. 467.

<sup>5</sup> Citado por Ginzburg, *op. cit.*, pp. 15-16.

atención de los lectores. El escritor literario no necesariamente tiene un compromiso con el principio de realidad que le interesa a los historiadores, sino con el arte; incluso, la intención de los escritores de manipular imágenes de la realidad puede aparecer en ciertas obras como un acto deliberado para reforzar la ficción, pero también es cierto que ofrecen mayores posibilidades de entender esas imágenes, reales o ficticias, en su contexto social y cotidiano, porque cada libro pertenece a su tiempo, nos aproxima a esas representaciones del mundo y a los usos de la lengua escrita en una época determinada.

Es decir, lo que ofrece la literatura son posibilidades y contextos, una especie de laboratorio desde el cual —como dijera N. Zemon Davis— el historiador tendrá que hacer combinaciones de las imágenes literarias con las pruebas de los archivos, los documentos y otras fuentes de diversa verosimilitud que nos faciliten un ambiente para problematizar o conflictuar en torno a eso que consideramos el principio de verdad histórica.

En mi investigación sobre historia de las mujeres decimonónicas, la lectura de textos prescriptivos escritos para ellas y que gozaron de éxito editorial me ofrecen imágenes de la cultura y representaciones impuestas a las mujeres, corresponden a un fenómeno de larga duración en la tradición cristiana occidental. Las pretensiones hegemónicas de estos discursos para controlar a las mujeres presentan una imagen idealizada, estereotipada, de virtud femenina en el Antiguo Régimen, donde al parecer hubo muy pocas lectoras. En el segundo texto ya se advierte cómo se generan nuevas prácticas de educación y lectura para las mujeres, pero siempre junto a otras que se mantienen.

### ■ *La perfecta casada, ¿analfabeta o lectora furtiva?*

La obra de Fray Luis de León, escrita en el siglo XVI, es didáctica para preparar a las mujeres que formarán hogares cristianos. Ofrece ejemplos, argumentos y máximas para justificar la necesidad de mayor control y vigilancia sobre ellas. La circulación y longevidad de este libro ha sido enorme, por ello resulta difícil acotarlo sólo al grupo de lectores de su tiempo o a una región en particular.

*La perfecta casada* pertenece al tipo de discursos en los que se plantea una anulación casi total de la mujer en su persona para entregarse a la vida familiar, a la

maternidad y al servicio permanente del esposo. Para construir estos argumentos se apoya en muchos fragmentos de las sagradas escrituras y de las historias de santas. No hay duda de que aquí se edificó toda una argumentación que justifica la subordinación de las mujeres, al que se acude como recurso de autoridad para mantener el orden patriarcal. En esta obra se plantea el ideal de mujeres obedientes al marido, hacendosas, ahorrativas, austeras, virtuosas, calladas, totalmente sencillas en su vestir, sin arreglos, negadas a los cosméticos o postizos. Mujeres que amamantan a sus hijos y no se los entregan a nodrizas sucias e inmorales. La costura es una labor apreciadísima para educar a las mujeres, y aparece también la prohibición de la lectura de novelas de caballería:

Así que, traten las duquesas y las reinas el lino, y labren la seda, y den tarea a sus damas, y pruébense con ellas en estos oficios, y pongan en estado y honra aquesta virtud; que yo me hago valiente de alcanzar del mundo que las loe, y de sus maridos, los duques y reyes, que las precien por ello y que las estimen; y aún acabaré con ellos que, en pago deste cuidado, las absuelvan de otros mil importunos y memorables trabajos con que atormentan sus cuerpos y rostros, y que las excusen y libren de leer en los libros de caballerías, y del traer el soneto y la canción en el seno, y del billete y del donaire de los recaudos, y del terrero y del sarao, y de otras cien cosas de este jaez, aunque nunca las hagan. Por manera que la buena casada, en este artículo de que vamos hablando de ser hacendosa y casera, ha de ser, o labradora, en la forma que hemos dicho, o semejante a labradora todo cuanto pudiere.<sup>6</sup>

El libro arremete en serio contra el arreglo personal excesivo, contra el embellecimiento de hombres y mujeres, al grado de afirmar que es menos malo que una mujer sea adúltera a que vaya con afeites: “Más tolerable en parte es ser adúltera, que andar afeitada; porque allí se corrompe la castidad, y aquí la misma naturaleza”.<sup>7</sup>

Se parte de que las mujeres no son alfabetizadas ni deben tener estudios, ni deben hablar y participar en la vida pública, por su naturaleza inferior frente a los hombres:

<sup>6</sup> Fray Luis de León, *La perfecta casada*, Madrid, col. Austral, Espasa-Calpe, 1983, p. 54.

<sup>7</sup> *Ibidem*, p. 95.

Porque, así como la naturaleza [...] hizo a las mujeres para que encerradas guardasen la casa, así las obligó a que cerrasen la boca; y como las desobligó de los negocios y contrataciones de fuera, así las libertó de lo que se consigue a la contratación, que son las muchas pláticas y palabras. Porque el hablar nace del entender, y las palabras no son sino como imágenes o señales de lo que el ánimo concibe en sí mismo; por donde, así como a la mujer buena y honesta la naturaleza no la hizo para el estudio de las ciencias ni para los negocios de dificultades, sino para un solo oficio simple y doméstico, así les limitó el entender, y por consiguiente, les tasó las palabras y las razones; y así como es esto lo que su natural de la mujer y su oficio le pide, así por la misma causa es una de las cosas que más bien lo está y mejor le parece.<sup>8</sup>

La poca importancia que muestra Fray Luis de León a la lectura de libros para la perfecta casada obedece a que las mujeres de su tiempo no leían o las que leían eran lectoras furtivas y ocasionales, éstas generalmente eran las que estaban o estuvieron en el convento. Llama la atención que frente a la prohibición de leer libros de caballería, no ofrece recomendaciones de lecturas. Lo que se pretende dejar en claro es que Dios hizo a las mujeres buenas y honestas con una naturaleza incapaz para las ciencias y los negocios y destinadas a los oficios simples de la vida doméstica. Las palabras y las razones eran cosas de hombres.

### ■ La desafortunada Quijotita y su bienaventurada prima

Considerado un libro prescriptivo, para la educación de las mujeres, escrito en prosa, *La educación de las mujeres ó la Quijotita y su prima. Historia muy cierta con apariencias de novela*, del célebre José Joaquín Fernández de Lizardi, hace resonancias de los viejos libros cristianos para educar mujeres, pero estructurado y escrito con talento y picardía muy especiales, característicos del autor.

En el prólogo anuncia que la Quijotita y su prima fueron damas muy conocidas en la ciudad de México. Una “presenta todo el fruto de una educación vulgar y maleada, y la otra el de una crianza moral y purgada de las más comunes preocu-

<sup>8</sup> *Ibidem*, p. 124.

paciones".<sup>9</sup> A partir de esta comparación, El Pensador Mexicano introdujo la sátira y las propuestas de moralidad para la educación de las mujeres.

En el capítulo VI hay un diálogo entre Matilde y Eufrosina (madres de las protagonistas), Matilde es muy de su casa y Eufrosina se la pasa en tertulias y fiestas. Rodrigo, esposo de Matilde, dice a Eufrosina:

[...] Lo que yo quisiera, fuera que usted se dedicara a la lectura de algunos libros buenos, que debían serle muy útiles en su estado, verbigracia: *La educación de las hijas*, por el señor Fenelón; *La familia regulada*, por el padre Arbiol; *La Eufemia* o *La Mujer Instruida*, por el alemán Campe; *Cartas de Madame de Maintenon*; *La Mujer Feliz*, y otros muchos que tratan del modo con que una mujer debe conducirse con Dios, consigo, con su esposo, con sus hijos, con sus criados y con su casa; pero ya veo que usted no tiene paciencia para tanto me contentaría con que leyese ese tratadito de Blanchard que le digo, pues, por modo de diversión.<sup>10</sup>

Los libros que Eufrosina tenía en su casa estaban muy bien empastados y eran muy bonitos, pero, confiesa, no los ha leído, aunque sus amigos le han dicho que son divertidos:

Vea usted, tengo las novelas de Doña María de Zayas, las obras jocosas de Quevedo, *Las Aventuras de Gil Blas*, *La Pamela*, *Eusebio*, *Novela sin las vocales*, la *Clara*, la *Diana enamorada*, la *Atala*, *Alejo en su casita*, *Soledades de la vida y desengaños del mundo*, *Don Quijote de la Mancha* y otros que no me acuerdo; y a más de eso un celemin de comedias y sainetes que más bien lee Pomposita [su hija] que yo. Conque vea usted, si no tengo lugar de leer esos libros, que son tan divertidos, ¿cómo me había de poner a leer esas mistiquerías que usted quiere?<sup>11</sup>

Aquí hay una excelente oportunidad para reflexionar sobre lo que leían las mujeres de la época de Lizardi (principios del siglo XIX) y además para identificar cuando menos dos tipos de mujeres lectoras, una que lee bajo la tutela de su esposo y le

<sup>9</sup> José Joaquín Fernández de Lizardi, *La quijotita y su prima*, México, Porrúa, 1990, p. XXIII.

<sup>10</sup> *Ibidem*, p. 49.

<sup>11</sup> *Idem*.



lee a sus criados, generalmente obras educativas y morales; se trata, dice, de mujeres casadas que saben “guardar su estado” y que cumplen su papel de madres, esposas y buenas cristianas; otras, que sólo se acercan un poco a los libros siempre y cuando sean muy divertidos. Aquí encontramos muchas coincidencias entre el tipo ideal de mujer y la orientación de sus lecturas, al igual que madame Bovary de Flaubert, las que leen obras divertidas y novelas gustan del lujo y también de bailar, jugar, cantar, ir a tertulias y hasta se atreven a tener aventuras amorosas abandonando los deberes de su estado de casadas.

Pomposita, la hija de Eufrosina, es retratada por Lizardi como una chica ignorante, vanidosa, frívola y pedante. El problema es del padre, que debió cuidar la instrucción de la esposa y de la hija.

Al principio no cuidó de que se instruyera, y después la permitió leer indistintamente los libros que él había comprado para su gabinete. Con esto la muchacha ha picado de todos y cada uno sin el menor discernimiento y se ha llenado de multitud de ideas heterogéneas o diferentes entre sí, las que saca a la plaza cuando quiere; y como carece del verdadero conocimiento de las materias que trata, al mismo tiempo que de la legítima significación de los términos con que se expresa, las más veces habla unos desatinos tremendos; y en verdad que es una lástima que no haya aprovechado sus luces, pues cuando raciocina con juicio se conoce que no es tonta y ha leído algo.<sup>12</sup>

Por estas interpretaciones locas de las lecturas, por esta falta de orientación del padre hacia lo que leen las mujeres de la casa, Pomposita fue apodada por los muchachos la Quijotita, por grotesca y fuera de lugar y por la mala influencia de los libros que leía. Igual que Emma Bovary, la Quijotita tuvo un final muy infeliz, ella y su madre causaron la ruina del padre. Hay un pasaje en el que la Quijotita tomó una sobredosis de un medicamento para abortar que le produjo duro tormento, pero no murió ahí, vivió todavía para sufrir más vergüenzas y humillaciones. Un galán le pierde su dote en el juego (aquí Lizardi aprovecha para maldecir a los gachupines cazafortunas, que frecuentemente hacían estos fraudes), una madre que la prostituye, enredos con ladrones, cárcel, la miseria y una enfermedad terrible

<sup>12</sup> *Ibidem*, pp. 102-103.

causaron su fin. Mientras que la prima Pudenciana, bien educada y cuidada por sus padres, se casó con un buen partido y formó una familia hermosa y respetada.

Lizardi no duda de que las mujeres tienen talento para aprender, incluso cree que algunas son tan excepcionales que merecen la admiración de todos. Pero sugiere que no todas traten de ser tan educadas, sino que aprendan lo necesario para conducirse adecuadamente en el matrimonio. Cierra su obra con recomendaciones y máximas: “He dado fin a la historia de la célebre Quijotita, de las que por desgracia hay muchas en todas partes. Ojalá que lo que he dicho sea bastante para que reformen su conducta, para que hagan su felicidad, la de sus esposos y familia”.<sup>13</sup>

De las doce máximas con que finaliza he seleccionado estas:

La mujer que obedece a su marido ésa le manda; cuando la mujer asiste a su oficio, el marido la ama, la familia anda en concierto, aprenden virtud los hijos, reina la paz doméstica y la hacienda crece [...] En los negocios de su familia y no en los del Estado, es donde una mujer debe manifestar su talento y su prudencia. Mujer, no quieras parecerte al hombre. Los dos sexos no deben tener nada de común en sí [...]<sup>14</sup>

Son máximas que vienen de muchos siglos atrás y que durante largos periodos se han repetido como verdades universales.

Entre las obras didácticas para formar a las mujeres para el matrimonio, las señaladas por Lizardi y Fray Luis de León tuvieron una influencia definitiva en la sociedad decimonónica mexicana, en ellas se establecen controles sobre la lectura femenina como un acto fundamental para evitar que las mujeres pierdan la virtud y la vocación por cumplir su papel de madres y esposas.

## ■ Emma Bovary, de la lectura al adulterio

Emma había estudiado en un convento de Ursulinas, además de saber leer y escribir, tenía nociones de dibujo, geografía, danza, bordado y piano. Fue en el conven-

<sup>13</sup> *Ibidem*, p. 292.

<sup>14</sup> *Idem*.

to donde tuvo acceso a diversas lecturas y a las novelas románticas. De manera obligatoria realizaba diariamente, cuando menos, una lectura religiosa; “eran resúmenes de Historia Sagrada o de las *Conferencias* del abate Frayssinous [...] y algunos fragmentos de *El Genio del Cristianismo*”.<sup>15</sup>

Pero lo definitivo para Emma fueron las novelas que leyó en el convento a través de la solterona que remendaba la ropa blanca y que, al parecer, encontraba en las novelas una fuente de inspiración y diversión. Esta mujer era la intermediaria de las colegialas con el mundo exterior y la cómplice para transgredir los objetivos del colegio. Así como rezaba con las monjas también hacía tertulias con las alumnas en las que entonaba canciones galantes antiguas y muchas historias; era mensajera, recadera de las estudiantes y llevaba encargos de la ciudad. Prestaba novelas a las mayores, novelas que siempre mantenían escondidas en los delantales, eran de amores románticos y caballerescos, en que siempre había hermosas damas que ofrecían su amor a valientes caballeros.

Una vez iniciada en la lectura, Emma exploró viejas bibliotecas, leyó a Walter Scott y se interesó en los temas históricos a partir de las vidas ejemplares de mujeres: “Por aquel tiempo rindió culto a María Estuardo, y las mujeres ilustres o desgraciadas fueron objeto de su más entusiasta veneración. Para ella, Juana de Arco, Eloísa, Agnés Sorel, la bella Ferronniere y Clemencia Isaura eran como cometas destacando en la inmensidad tenebrosa de la historia”.<sup>16</sup>

A las niñas del convento se les prohibía introducir libros que obtuvieran en sus casas, pero no respetaban la norma; las chicas llevaban escondidos los libros que les regalaban en Navidad, que casi siempre eran de aventuras y con bellas ilustraciones. Emma soñaba con las imágenes de las viñetas que mostraban a elegantes damas vestidas de blanco, o paseando en carruajes, o recostadas en un sofá en actitud soñadora o a aquellas que, besando una tórtola, dejaban escurrir una lágrima por la mejilla. Las páginas de los libros bonitos estaban llenas de imágenes impresionantes de sultanes, tigres, leones y paisajes exóticos. “Y la pantalla del quinqué, colgando en la pared sobre la cabeza de Emma, iluminaba todas estas escenas del mundo que iban desfilando ante sus ojos una tras otra en el silencio del dormitorio”.<sup>17</sup>

<sup>15</sup> Gustave Flaubert, *Madame Bovary*, trad. Carmen Martín Gaité, Fábula, Tusquets (1853), Barcelona, 1997, p. 47.

<sup>16</sup> *Ibidem*, p. 48.

<sup>17</sup> *Ibidem*, pp. 48-49.

El relato de Flaubert otorga a las lecturas el poder creador de mentes con fantasía y romanticismo excesivos. Por medio de la lectura se poseían ideas románticas y maneras burguesas, fuera de cualquier posibilidad de ser parte de la realidad de las jóvenes como Emma. Por ello le parecía aburrida y limitada su vida de casada con un sencillo médico de pueblo.

Como todas las chicas que aspiraban a ser alguien, Emma deseaba estar enterada de las modas en París. Así, se suscribió a *La Canastilla*, publicación dedicada a las mujeres, y a *La Sifide de los Salones*; en ambas revistas leía reseñas de teatro, las trayectorias de las cantantes de moda, las novedades en muebles y decoración. También en las revistas leía a Balzac y a George Sand, “buscaba satisfacciones imaginarias para sus íntimos anhelos. Hasta a la mesa iba con el libro y no dejaba de volver páginas, mientras Charles comía y le dirigía la palabra”.<sup>18</sup>

Con la cabeza llena de lecturas, Emma —según el autor— sería víctima fácil del primer seductor elegante que se le plantara enfrente. Ella es individualista y ambiciosa, se procura placer, lo que no era común en las mujeres que la rodeaban, tan dedicadas a la familia y a la religión. Emma redujo sus visitas a la iglesia, y decidió guardar su costura y su bordado de tapicería, porque la costura “la ponía nerviosa”. Aunque no tenía a quien escribirle, compró papel y tinta, y soñaba que alguien de su familia escribiera un libro para ver el apellido Bovary en letras impresas. Todos los refinamientos parecían absurdos en un lugar rural como aquel en el que vivía. Enfermedades y malestares inexplicables atosigaron a la deprimida y soñadora Emma. Ni siquiera el nacimiento de su hija pudo cambiar esa incorformidad y deseo de trascendencia.

Según la trama, ella creyó encontrar la pasión verdadera en Rodolphe, un elegante de provincia con quien vivió un ilusorio romance al que rodeaba de cursilería de novela. En toda la obra Emma aparece como una mujer que domina todas las situaciones en el trato con los hombres; con su marido y con su amante logró mantener cierto orden de manera que no se dieron escenas de celos o enfrentamientos. Emma ya tenía a quien escribirle, le escribía a Rodolphe cartas de amor y mensajes breves y en clave para sus citas.

Los infortunados sueños de ser alguien y de vivir un amor verdadero hicieron de Emma una mujer que mentía, derrochaba y engañaba a cuantos la rodea-

<sup>18</sup> *Ibidem*, p. 71.

ban. El escándalo de sus amoríos era tan grande como la ingenuidad de su marido, que la idolatraba y admiraba. El resultado de tantas fantasías no podía llevar sino a la ruina del marido, al suicidio de Emma y al miserable abandono de su hija, Berthe. Sólo después de muerta Emma, el marido encontró un cajón de cartas y billetes con los mensajes apasionados para su amante, la tristeza lo llevó al alcoholismo y a su muerte en una calurosa tarde de olores a jazmín. Para Berthe no quedó nada, ni fortuna ni familia, en su juventud se convirtió en una pobre obrera. La novela es aleccionadora: una mujer lectora de novelas y revistas de moda deviene en una madre romántica que no construye un buen futuro para sus hijos.

En toda la obra se hacen diferentes alusiones a la lectura y a los títulos de libros; en un apartado, el farmacéutico reprende a su hijo por leer *El Amor Conyugal* (con ilustraciones); en el funeral hubo una discusión sobre qué libros leer, y para confirmar la manía lectora de la difunta, varios días después de la muerte de Emma: “El prestamista de libros pasó la factura por tres años de suscripción”.<sup>19</sup>

Ya adentrados en esta lectura, uno puede reflexionar sobre sus posibilidades de certeza, salirse de la trama y preguntarse sobre los límites de las fantasías e influencias de las lecturas en una mujer decimonónica como Emma. La posibilidad misma de su suicidio, siendo una mujer formada en un convento y en los principios de la religión cristiana, puede parecer improbable. En cambio, puede parecer más cierto que efectivamente leía con avidez, que era hábil en labores domésticas y que desde ahí lograba un dominio de su persona. En los conventos, según Josefina Muriel,<sup>20</sup> las mujeres adquirirían conciencia de su individualidad y desarrollaban un sentido de trascendencia por su relación con Dios.

Resulta interesante que a un hombre como Flaubert, nacido en 1821, se le ocurriera escribir una novela sobre una fantasiosa lectora de moral frágil, un alma inquieta, una adúltera hecha heroína, que a pesar de ser educada en un convento transformó en forma autodidacta sus perspectivas a partir de las lecturas románticas y se construyó expectativas de una vida moderna y burguesa como la que prometían las revistas para damas. La pregunta desde la orilla del texto se orientaría a saber si había muchas mujeres lectoras y ávidas como Emma en el siglo pasado, o si era excepcional entre las mujeres de su época. No lo podemos saber aún sin

<sup>19</sup> *Ibidem*, p. 385.

<sup>20</sup> Josefina Muriel, *Conventos de monjas en la Nueva España*, México, JUS, 1995, pp. 500-522.

mayores evidencias históricas, lo que sí podemos saber es que existía un verdadero temor colectivo a que la lectura generara muchas Emmas, y eso contribuyó al éxito del libro. El atrevimiento del autor le costó un proceso por ofensa a la moral pública y a la religión, escándalo que lo hizo aún más famoso, y pasó de hacer sus escritos por entregas para una revista a convertirlos en un exitoso libro en 1857.

## ■ Furtivas y ávidas lectoras provincianas

Algo que fascina en la obra de Agustín Yáñez es su capacidad para describir lo particular y lo íntimo, lo común y corriente, y pasar a una identificación general con la condición humana. El tenía imágenes de cómo era la lectura de libros entre las mujeres de finales del siglo XIX, pues aprendió a leer en 1907 en la escuela *amiga* de doña Aleja Camarena. Su afición por la lectura la adquirió de su tía Nicolasa, que lo animaba a devorar libros y a escribir para concursos y celebraciones públicas. Con la tía también iba al teatro y vio las primeras exhibiciones cinematográficas.

Yáñez conocía las maneras de las mujeres de provincia por su experiencia de infancia en Jalisco y por sus raíces familiares. Por ello, cuando describe la relación del padre director y las Hijas de María, así como los delirios y destinos de cada una de estas mujeres cautivas y enloquecidas entre la retórica mística y las pulsiones más humanas, ofrece cuadros de individualidades femeninas, de pensamientos y emociones de mujeres que iluminan a los lectores sobre las relaciones y fantasías generadas en el ambiente religioso. Me llama la atención su interés por incorporar descripciones sobre algunos lectores de libros en ese pueblo del arzobispado, “cuyo nombre no importa recordar”. Muestra a María como lectora furtiva y ávida:

[...] le gusta leer: casi sabe de memoria el Itinerario a Tierra Santa y la novela *Staurófila*; como no acierta a conocer lo que disguste a su tío, y han sido frecuentes, duras, las reprimendas por este vicio, lee a hurtadillas; tenía pasión por los libros de geografía, pero tanto la exaltaban y con tantas preguntas colmaba la paciencia de don Dionisio, a quien importunaba para que la llevara a alguna de las peregrinaciones, que este acabó por quitárselos y prohibírselos; cuando llegan cartas, anuncios y periódicos destinados a su tío, se le van los ojos tras de los sellos postales que dicen claramente: Guadalajara,

México, Barcelona, París; en los calendarios que anuncian vinos de consagrar, velas, artículos religiosos, etc., no se cansa de leer las direcciones: Madrid, calle fulana, número tantos; y los periódicos; quién sabe si por ella su tío no reciba más que revistas religiosas y “La Chispa”; dejó la suscripción de “El País”, que traía bonitos figurines y noticias interesantes; el Padre Reyes todavía la recibe y le presta algunos números al señor cura, que María lee a la descuidada; últimamente estaba leyendo “Los tres mosqueteros”; pero ya no ha podido ir a casa de Micaela Rodríguez, que trajo el libro de México.<sup>21</sup>

Las lecturas de María son de géneros muy heterogéneos, lo cual muestra la falta de dirección de sus lecturas, leía tanto libros de viajes como de caballería. La avidez de la lectora se expresa en la excitación que podía sentir por leer un libro de geografía o los relatos de procesiones. Incluso las direcciones postales de otros países le generaban fantasías que le ampliaban su pequeño mundo.

La *Staurófila* que leía María era una novela muy exitosa en los años noventa del siglo XIX, fue dictada por una maestra ciega de gran talento y formación: María Nestora Téllez Rendón. El título completo es *Staurófila, precioso cuento alegórico*, destinada a muchachas devotas que renunciaran a leer novelas profanas y encontrarán una inocente recreación en la lectura. La amanuense fue una alumna que fue escribiendo el relato, al que procura darle una forma de novela romántica, próxima al folletín y familiar, con el estilo de los cuentos de hadas. La intención básica del texto era de carácter didáctico y moralizante.

Cuando Yáñez menciona que una mujer como María, de un pueblo de los altos de Jalisco, leía a la *Staurófila*, permite pensar en el éxito de esta obra y en las formas de circulación de libros, pues publicaciones novedosas y suscripciones de revistas periódicas también llegaban a estos apartados lugares. La *Staurófila* fue publicada y reeditada entre 1889 y 1893, en la crítica literaria e histórica es calificada de verdadero logro en las letras femeninas, si se considera la historia del libro y el contexto en que se realizó:

Lo aportador y valioso de esta obra en el rango de la aproximación femenina radica en que se trata de una recreación personal de un tópico literario, reli-

<sup>21</sup> Agustín Yáñez, *Al filo del agua*, México, Porrúa, 1977, p. 72.

gioso y teológico, lograda por una concepción del mundo, de la vida y de ella misma que, a pesar de estar inmersa y ser el producto de una sociedad cerrada y asfixiante, no resulta estéril ni reductora, sino antes al contrario, imaginativa, reveladora y pródiga.<sup>22</sup>

En su novela, Yáñez muestra que aún en la etapa previa a la Revolución mexicana se mantenían las prácticas de supervisión y censura de libros por los sacerdotes. Los lectores son temerosos de ser sorprendidos, leen con avidez y a escondidas. Además se entrevé que en el pequeño y devoto pueblo existe toda una misteriosa red de adquisición, circulación y préstamo de libros:

María está terminando de leer *Los Tres Mosqueteros* tan a escondidas, que ni Marta se ha dado cuenta. (“Por qué ya no serán aquellos tiempos que pinta la novela. O quién sabe si lejos, en algún sitio de la tierra, todavía sea igual.”) Le han dicho de otro libro: *Los misterios de París*, que es precioso; ¿Quién podrá tenerlo en el pueblo que quiera prestarlo, ahora que el Padre Islas anda registrando los libros de todas las casas? El otro día quemó un montón, en el que estaban *Los Miserables*, *El Judío Errante*, *Resurrección*, *El Conde de Montecristo*. Dicen que este Conde es también muy bonito.<sup>23</sup>

A través del relato, Yáñez logra convencer de que la lectura de libros era vista como un ejercicio peligroso no sólo por el cura conservador, sino también por la gente del pueblo. Según los cuales, la lectura de libros generaba en las mujeres deseos de aventuras inimaginables. Cuando desaparece María, tras la toma del pueblo por los revolucionarios, la gente comentó que ella y la viuda González se fueron por su voluntad, que “se fueron con muchos hombres”, y no faltó quien afirmara: “—Yo siempre pensé que en eso pasaría [...] —Yo siempre anuncié que habría de parar en pérdida. —Leía libros prohibidos. —Era muy rara. —Tenía un modo de hablar, de ver”.<sup>24</sup>

El destino de las mujeres lectoras de libros prohibidos era *la perdición*, incierto, una muerte en sitios extraños. Las lectoras son mujeres con rarezas en el modo

<sup>22</sup> Ana Rosa Domenella y Nora Pasternac (eds.), *Las voces olvidadas. Antología crítica de narradoras mexicanas nacidas en el siglo XIX*, México, El Colegio de México, PIEM, 1991, 1997, p. 57.

<sup>23</sup> Yáñez, *op. cit.*, p. 169.

<sup>24</sup> *Ibidem*, p. 381.



de hablar y ver el mundo. En el imaginario masculino, los libros poseían la magia de despertar la sensualidad femenina, tan vigilada y reprimida por el padre Islas. Entre las múltiples versiones sobre la desaparición de estas mujeres se llegaba a decir que se fueron por su voluntad con muchos hombres.

## ■ Carolina Escudero y el placer de leer en libertad

Carolina Escudero Luján, más conocida como la viuda del general Múgica justamente por su relación con este personaje, fue entrevistada en 1990 y resultó que más que hablar de su difunto esposo, como esperaban, ofreció una autobiografía completa, en la que con verdadero talento narró cada etapa de su vida, sin pretensiones de protagonismo, sino con gran sinceridad y modestia.

Ella nació en Chihuahua en 1905, vivió en el ambiente de los hacendados del norte, su padre era contador, estudió en El Paso, trabajaba como empleado bancario, y su mamá tenía preparación para ser maestra porque estudió en un prestigiado colegio evangélico de Chihuahua, pero se dedicó al hogar, pues tuvo nueve hijos. Los padres de Carolina tenían muy presente el modelo educativo norteamericano y hablaban y leían en inglés, en general estaban familiarizados con el modo de vida gringo. Recuerda:

Mi madre solía leernos cuentos y había uno que nos conmovía mucho que se titulaba “Genoveva de Bravante”. La trama era que Genoveva estaba casada con un hombre muy bueno y que se fue a la guerra y estuvo fuera de su casa mucho tiempo. Entonces Genoveva que tenía muchos hijos, pues pasó muchas necesidades, muchas pobreza y tristezas, hasta que llegó el día feliz en que retorna el esposo. Y pues esta historia que mi madre nos contaba nos conmovía profundamente pensando en todas las tragedias de esa familia, que era prácticamente huérfana. Mi madre también nos leía cuentos de terror, los de Anderson, de Perrault y los de Grimm.<sup>25</sup>

<sup>25</sup> Guadalupe García Torres, *Carolina Escudero Luján una mujer en la Historia de México. Testimonio oral*, México, Instituto Michoacano de Cultura, Centro de Estudios de la Revolución Mexicana Lázaro Cárdenas, A. C., 1992, p. 52.

Qué diferente experiencia de la lectura obtuvo Carolina, los libros no eran prohibidos, ni se leían sólo lecturas místicas. Se trataba de una familia que iba de un lugar a otro, en parte por la revolución y también por la búsqueda de mejores condiciones de vida. Carolina estudió en la ciudad de México y en El Paso, por lo que tuvo una formación bilingüe. Recuerda que leyó junto con su hermano *El Quijote* ilustrado: “nos poníamos a leerlo, nos tirábamos en el suelo y admirábamos los hermosos grabados [...] nos encantaba la lectura y la disfrutábamos tanto que se nos iba el tiempo muy rápido”.<sup>26</sup>

Carolina ya no usaba vestidos largos, ni era obligada a aprender la costura; su maestra Enriqueta pretendía enseñarle puntadas básicas, pero ella prefería correr y jugar.

Y es que también las costuras que nos ponían eran muy avanzadas, teníamos que sobrecoser y bordar con punto inglés, ojillos, onditas, que a mí me parecían eternas y nunca me quedaban parejas; entonces optaba por arrumbar la costura y cuando llegaba la hora de presentar los trabajos, ¡agárrate! Entonces sí me ponía a intentar [...] los famosos *ojos de gallina*, pero como no tenía la práctica, pues no me quedaban como dios manda y terminaba desesperada. Y qué decir... si eso era lo que las maestras, según, consideraban íbamos a necesitar. Fuera de la clase de costura, las demás sí me gustaban.<sup>27</sup>

En su formación había mucho interés por los versos, llevaba un cuadernito en que copiaba poemas de diferentes autores. Tomaba clases de Historia Universal, Geografía y mucha educación cívica; claro, nunca faltaba el tejido, costura y bordado para las mujeres. No todas las niñas tenían las preferencias de Carolina:

Yo era muy distinta de mis amigas, por ejemplo de Aurora Angulo, a quien le gustaba mucho coser para las muñecas y mientras ella les estaba haciendo sombreritos y vestiditos, yo por lo general estaba perdida leyendo un libro, llegaba a tal extremo mi afición por la lectura que nos poníamos a jugar en el suelo a las matatenas y como en la casa había un tragaluz bastante grande,

<sup>26</sup> *Ibidem*, p. 67.

<sup>27</sup> *Ibidem*, p. 68.

pues iluminaba muy bien, y yo me ponía por un lado mi libro y entre juego y juego lo leía; desde luego que Aurora se impacientaba. Ja, ja, ja, pero sí me gustaba mucho leer.<sup>28</sup>

Cuando se reunía a leer versos con sus hermanos, los favoritos eran Flores, Acuña, Villaespesa. También empezaron a leer autores italianos como Gabriele D'Anuncio que estaba prohibido, y muy de moda Vargas Vila.

Ella tuvo conciencia de que pertenecía a la clase media y de que en su casa los estaban educando de otra manera; entre sus amigas tuvo también a Margarita, que hacía unos pasteles excelentes, y a otra que estudiaba en el Colegio del Sagrado Corazón, en el Distrito Federal, que era para niñas de familias aristócratas y ricas, donde se les prohibía la lectura de ciertos libros. Pese a los controles del colegio, dice, su amiga leía los libros prohibidos. Las niñas de este colegio se distinguían por su letra bonita, “toda la letra era del mismo tamaño, como que les ponían algo que les impidiera pasar cierto límite. Y era raro que ellas tuvieran acceso a lecturas prohibidas, que nosotros los de espíritu más abierto no leíamos”.<sup>29</sup>

Carolina prefería salir a patinar que hacer costuras. Como tenía muchos hermanos, su madre no los podía controlar del todo; además, como eran modernos y cultos, tenían la idea de que los niños debían ser felices y bien educados. En su casa eran liberales y se leían los periódicos; ella fue lectora asidua de los diarios, y estaba enterada de los acontecimientos políticos de México y algo de Estados Unidos. Junto con su hermano Carlos se hicieron lectores ávidos, obtenían libros prestados de la biblioteca de don Irineo Paz, padre de Octavio Paz, leían:

[...] libros de Salgari (*Los estranguladores de la India, Sandokan, El pescador de Ballenas, El Capitán Tormenta*), de Dumas (*La Dama de las Camelias, Los tres mosqueteros*) y otros autores; nosotros no veíamos monos sino que leíamos. En varias ocasiones mi madre nos llegó a apagar la luz para que no siguiéramos leyendo, pero a nosotros eso no nos preocupaba cuando había luna, puesto que leíamos en la luz de ésta [...] Mi padre también tenía muy buenos libros,

<sup>28</sup> *Ibidem*, p. 71.

<sup>29</sup> *Ibidem*, p. 76.

en su mayoría de literatura inglesa y desde luego en español, de lo mejor que se leía a principios de siglo de las buenas escuelas.<sup>30</sup>

Carolina y sus hermanos siempre pudieron leer cualquier libro del librero de su casa, a pesar de las sugerencias de los maestros de que se debía vigilar lo que leían los chicos. En su familia también recuerda a otras mujeres que leían:

Yo tuve cierta influencia de mi abuela Sarita a quien le gustaba leer y por orientación de ella llegué a leer *Martín Garatuza*, *Monja casada*, *virgen y mártir* de Riva Palacio. También llegué a leer novelas de Manuel Payno como *Los Bandidos de Río Frío*. A la abuela le gustaba mucho *El judío errante*, era un libro muy grande, que alguna vez empecé a leer y que jamás terminé, eran ese tipo de folletines que la gente leía semanariamente en los periódicos, coleccionándolos como novelas.<sup>31</sup>

A los veinte años era una señorita bilingüe y bien educada, con mucha afición por los deportes; desempeñaba hasta dos trabajos como traductora en un periódico de El Paso (*El Continental*) y también era secretaria particular de un empresario de minas. Cruzaba la frontera todos los días, y ganaba lo suficiente para ayudar a mantener a su familia y pagar los estudios de sus hermanos. Carolina no era la primera que trabajaba en la familia; sus tías más jóvenes, que habían estudiado en el Colegio Chihuahuense y en el Colegio Palmore en El Paso, estudiaron enfermería y comercio y trabajaron un tiempo en El Paso como dependientas de tienda por 12 dólares diarios, luego prefirieron irse a México donde, con su preparación, podían tener mejores empleos y salarios. Esa misma estrategia siguió Carolina: educarse en el modelo americano para luego tener un buen estatus y empleo en la ciudad de México, donde las señoritas bien educadas no acostumbraban trabajar asalariadamente.

Carolina cursó en el Colegio Palmore una carrera de tres años, que incluía High School y un curso de entrenamiento para oficinistas. Ahí había una Academia Literaria en la que participó con entusiasmo:

<sup>30</sup> *Idem.*

<sup>31</sup> *Ibidem*, p. 92.

Los autores que entonces leía eran: Concha Espino, Gabriela Mistral, Gabriel Miró, Pérez Galdós, Pardo Bazán, Pío Baroja, Blasco Ibáñez, Vargas Vila, Villaespesa, Fernández Ardavín, Emilio Castelar, Rubén Darío, Amado Nervo, González Martínez, Romain Rolland, Erkman, Chatrian, Homero, Platón, Palacios Valdés, Benavente, Emerson Longfellow, Rodó, Marquina Cellini, Ludwing, Gómez de la Serna, Pereda, la Marqueza de pardo Bazán [sic], entre otros.<sup>32</sup>

El recuerdo preciso de tantos autores a los que leyó revelan su formación como lectora de literatura y de diarios; el círculo literario al que pertenecía exigía, además, seleccionar noticias para un ejercicio llamado *current events*, en el que ya sea por gusto o por obligación tenían que leer mucho.

Las lecturas y el ambiente de confianza en que creció le permitieron enfrentar retos que muchas chicas de su edad no se atrevían a enfrentar. Llegó a viajar con amigas por Estados Unidos, era famosa por su ímpetu organizador de clubes, concursos, asociaciones y lonjas. Más adelante obtuvo un excelente empleo en la ciudad de México, donde conoció al general Múgica, del que fue colaboradora y esposa años más tarde. Su vida con el general le amplió el panorama, pues participó en la vida política y se dio cuenta de muchos problemas sociales que antes no percibía. Una vez viuda, continuó en diferentes proyectos sociales y políticos, y era diputada por Pátzcuaro en 1968, era la única mujer en la legislatura. Doña Carolina lamentaba que su hija y sus nietas sólo se dedicaran al hogar y no siguieran el ejemplo de lucha y cultura que ella y el general les legaron.

## ■ Reflexiones finales

Así como se indaga sobre la dimensión narrativa de las obras históricas, aquí, por el contrario, hemos intentado indagar las posibilidades históricas de las imágenes narrativas. Carlo Ginzburg apunta que hoy es menor la distancia entre historiadores y novelistas, los historiadores aspiran a escribir no sólo los acontecimientos monumentales, sino sobre múltiples aspectos de la vida humana. Ginzburg reitera que no hay que dejarse engañar o atemorizar por palabras como ficción y posibili-

<sup>32</sup> *Ibidem*, p. 98.

dad, pues es en las pruebas donde se localiza el núcleo de la investigación histórica. Las pruebas están sometidas constantemente a nuevos conflictos ante nuevas y diversas documentaciones, para ello es necesario acudir a cubrir las lagunas con documentos cercanos en tiempo y espacio, para ampliar contextos de aquello que se ha perdido para siempre, esa es sólo una de las soluciones posibles.

Al usar la literatura como fuente de indagación histórica, no sólo nos interesa la creatividad para la ficción en estos retratos, sino su validez dentro de la experiencia humana para ser considerados pruebas; no todas las imágenes de la literatura pueden ser útiles, sino quizá esa que llamamos buena literatura, por su valor estético e histórico. El investigador no puede contar con una receta para elegirlos, se requiere familiaridad con diversas evidencias; como dice Ginzburg, forma parte de la experiencia en la investigación, es un conjunto de certezas que se construyen sobre un tema particular, esa erudición que no debe ser ajena ni al historiador ni al novelista. La historiadora Natalie Z. Davis lo logra genialmente en su obra *El regreso de Martín Guerre*, “al combinar diestramente erudición e imaginación, pruebas y posibilidades, nos ha demostrado que pueden también escribirse las historias de hombres y mujeres como ellos”.<sup>33</sup>

En la literatura han quedado plasmadas las imágenes y experiencias de las lectoras, algunas de estas imágenes son borrosas y hasta distorsionadas o exageradas, pero son recursos para alimentar la imaginación histórica, para construir contextos, para contar con un conjunto de posibilidades que nos permitan problematizar y discutir las prácticas de lectura femenina. Incluso el hecho de que algunas de las lectoras retratadas en los textos no tengan voz propia, sino la de un padre, marido o maestro, como activo controlador de las prácticas de lectura, es también parte de un fenómeno identificado en las fuentes primarias, el de la invisibilidad de las mujeres y el control masculino de las lecturas de las mujeres. La literatura es una posibilidad más rica y más libre para conocerlas.

Por otra parte, los manuales prescriptivos de la educación de las mujeres son otras fuentes de importancia, pues desde ahí se plasman los estereotipos o modelos ideales del tipo de lectoras y de mujeres que se quieren formar.

Las diversidades de lectores pueden convivir en una misma época y en un mismo lugar, obedecen a proyectos familiares, a culturas locales o comunidades

<sup>33</sup> Carlo Ginzburg, *op. cit.*, p. 19.

letradas. Eso se puede recuperar de mejor manera a partir del testimonio de una moderna y audaz lectora como Carolina Escudero, quien al parecer nunca tuvo freno alguno para leer y que podía compararse con otras jóvenes más limitadas para leer o más orientadas a otras actividades domésticas, pero también miembros de pequeños grupos de elite, como lo era su amiga del Colegio del Sagrado Corazón, que hacía una letra que sólo dominaban en ese colegio y les daba un signo de distinción. En la memoria y narrativa autobiográfica también hay un conjunto de posibilidades, por ejemplo, para identificar las valoraciones que puede hacer un lector de los cambios de estas prácticas a través del tiempo de su vida. Los testimonios ofrecen la perspectiva individual del lector, muy diferente a la prescriptiva; es el sujeto quien elabora y resignifica su experiencia de lectura.

Siguiendo a Chartier y a Michel de Certeau, se sabe que no hay datos que por sí se conviertan en la prueba de la verdad, sino que son parte de una elaboración más compleja, resultado del entrecruzamiento de varias fuentes y evidencias y de la confrontación con la experiencia y la erudición compartida por la comunidad académica. Chartier ve en la apropiación del lector, con sus límites, pero al mismo tiempo como una producción inventiva, una construcción conflictiva de sentido debido a sus diferentes formas, relaciones y públicos, y recuerda que esta operación nos acerca al arte: “Si uno se interesa en la construcción conflictiva de sentido, la cuestión se vuelve particularmente interesante en relación con los textos más canónicos, que en una sociedad dada parecen estables y cuya interpretación está fijada, mientras que no son más que objetos de apropiaciones plurales y diversas”.<sup>34</sup>

## ■ Bibliografía

ARREOLA, Juan José, *La feria*, México, Joaquín Mortiz, 1980.

CHARTIER, Roger, *El mundo como representación. Historia cultural: entre práctica y representación*, Barcelona, Gedisa, 1992.

———, “Representations of the Written Word”, en *Forms and Meanings. Texts. Performances and Audiences. From Codex to Computer*, Philadelphia, University of Pennsylvania Press, 1995, pp. 6-24.

<sup>34</sup> Chartier, *op. cit.*, p. 249.

- BOURDIEU, Pierre, "Flaubert analista de Flaubert", en *Las reglas del arte. Génesis y estructura del campo literario*, Barcelona, Anagrama, 1995, University of Chicago, pp. 79-92.
- DE LEÓN, Fray Luis, *La perfecta casada*, Madrid, Col. Austral, Espasa-Calpe, 1983.
- DOMENELLA, Ana Rosa y Nora Pasternac (eds.), *Las voces olvidadas. Antología crítica de narradoras mexicanas nacidas en el siglo XIX*, México, El Colegio de México, PIEM, 1991, 1997.
- FLAUBERT, Gustave, *Madame Bovary*, traducción de Carmen Martín Gaité, Barcelona, Fábula, Tusquets Editores, 1997.
- FERNÁNDEZ DE LIZARDI, José Joaquín, *La quijotita y su prima*, México, Porrúa, 1990.
- GARCÍA TORRES, Guadalupe, *Carolina Escudero Luján una mujer en la Historia de México. Testimonio oral*, México, Instituto Michoacano de Cultura, Centro de Estudios de la Revolución Mexicana Lázaro Cárdenas, A. C., 1992.
- GINZBURG, Carlo, "Proofs and possibilities: in the Margins of Natalie Zemon Davis: The Return of Martin Guerre", en *Yearbook of Comparative and General Literature*, núm. 37, Londres, 1988, pp. 114-127.
- , "Montrer and citer. La verité de l'histoire", en *Le Débat*, París, sept.-oct., 1989, pp. 43-54.
- , "Checking the Evidence: The Judge and the Historian", en *Critical Inquiry*, 18 Autum, 1991.
- , "Fiction as Historical Evidence: a Dialogue in Paris, 1646", en *The Yale Journal of Criticism*, vol. 5, núm. 2, 1992, pp. 165-178.
- , "El inquisidor como antropólogo", en *Historias* 26, México, 1992, INAH, pp. 15-24.
- GOLDÍN, Daniel (coord.), *Cultura escrita, literatura e historia. Conversaciones con Roger Chartier*, México, Fondo de Cultura Económica, 1999.
- GONZÁLEZ, Luis, *Pueblo en vilo. Microhistoria de San José de Gracia*, México, El Colegio de México, 1968.
- MURIEL, Josefina, *Conventos de monjas en la Nueva España*, Editorial Jus, México, 1995.
- RIOUX, Jean Pierre y Jean Francois Sirinelli (coords.), *Para una historia cultural*, México, Taurus, 1999.
- RULFO, Juan, *Pedro Páramo y El llano en llamas*, Barcelona, Planeta, 1975.
- YÁNEZ, Agustín, *Al filo del agua*, México, Porrúa, 1977.